

EL AÑO POÉTICO EN ANDALUCÍA (I)

Por Juan de Dios RUIZ COPETE

SIN intención de provocar polémicas innecesarias, pero con el deber, también, de hacer justicia —de procurar al menos— hay que decir que el Sur —Andalucía, claro— tiene en su haber histórico una inconmensurable tradición poética, aunque en algunos tramos —pocos— de esa historia la veleta de la poesía — todos tienen derecho— señalara otros nortes. Apelando al pasado, no hay más que ver lo que significó lo arábigo-andaluz; la lírica popular del XV; la Escuela antequerana; las dos Escuelas sevillanas; el XIX, corazonal y desbordante como mandan los cánones románticos, con Bécquer iniciando la lírica moderna; el soplo sensorial del Modernismo, con el primer Manuel Machado y Villalón; la indiscutible paternidad poética de los dos grandes —Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez; las piruetas, después, de las vanguardias con la revista «Grecia»; la insuperable generación del 27 con sus ocho magníficos, de los cuales nada menos que cuatro —Aleixandre, Cernuda, Lorca y Alberti— son de la tierra; a más de otros tan relevantes como Prados, Altolaguirre, Moreno Villa, Lafón y Romero Murube...

Después, un Luis Rosales y enseguida al trauma de una guerra, tras de la cual el importante grupo «Cántico» de Córdoba; y casi sin solución de continuidad los que serán —imposible citarlos— nombres indiscutibles del panorama del medio siglo último.

Es decir, que está más que probada no sólo la existencia de una tradición lírica andaluza, sino que no ha perdido ésta su brillantez cualitativa ni su rango de nombres respecto del general contexto del país, de cuyo vivo cuerpo orgánico es parte inalienable.

Sin entrar en clasificaciones académicas ni en tendencias o escuelas más o menos convencionalmente admitidas, porque no es el momento y porque en ciertos casos supondría audacia imperdonable, lo cierto es que Andalucía ha dado en el 93 sobrada fe poética de vida.

Por provincias, que es un recurso operativo más que una metodología, Córdoba ha demostrado en número —y, en proporción, en calidad también— estar en buen momento creativo; no así Sevilla, que este ciclo anual ha sido un tanto estricta. Málaga estuvo, como también Granada, en un buen punto de equilibrio entre el abrumador exceso y la carencia preocupante. Cádiz no destacó este año. Almería y Jaén un solo nombre las mantienen. Y Huelva...

Sevilla.—En este primer tramo sobre poetas que han alcanzado ya su más plena sazón hay que citar a Aquilino Duque, un escritor al que los años están poniendo a su cabeza cana la nobleza de un director de orquesta húngaro y a su literatura —¿para cuándo ese premio de las Letras de Andalucía?— la pátina de la clasicidad más luminosa.

Cosmopolita, acaso el más cosmopolita de los poetas españoles de hoy y, aunque parezca paradójico el más inabdicablemente andaluz, si a lo andaluz se da su sentido esencial, esto es, de universalidad, ha publicado este año «Las nieves del tiempo» (La Veleta), un poemario en el que la esencialidad poética se construye sobre el territorio de la infancia. Un ejercicio estético de la memoria, que en el orden formal llega a los límites del esplendor y en la interpretación de la realidad de su pasado a una fascinación poética de plenitud sin paliativos.

Manuel Jurado López, otro de los poetas sevillanos del año y una de las realidades más rotundas de hoy, aborda en su libro «La

ciudadela» (Colec. Alcalá) el tema del exilio interior y el contrapunto de la libertad como deseo inherente a la condición humana, simbolizado en una ciudadela medieval amurallada. Unitario, argumental incluso, propio de una sensibilidad que sabe coordinar lo que pudieran ser elementos de dispersión, es el poeta, en definitiva, quien, sobre el signo de un lenguaje culto pero disciplinado, está casi biográficamente expuesto en la textualidad del poemario, vivaqueando entre una especie de decaimiento orgánico y una paralela energía vital.

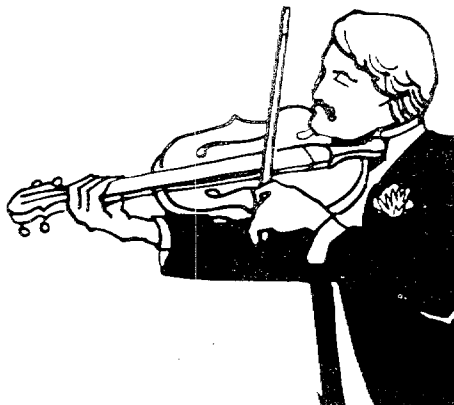
Con «El bruñidor de ágata» (Renacimiento), José María Algaba obtuvo el premio de la Caja de Ahorros de Jerez en 1992. Mezcla de vitalismo y meditación, el autor utiliza la memoria como instrumento de revitalización de un pasado que quiere ser mejor, pero que no puede prescindir, por su intensidad fijativa, de la tristeza.

Por orden cronológico, el ciclo sevillano lo cierra Francisco Serradilla, uno de los Adonais —los otros son Joaquín Caro Romero y José Antonio Moreno Jurado— con que cuenta Sevilla. Su libro de este año, de pintoresco título, «Las abstracciones de un gato albino» (Devenir) tiene entre lo destacable que se distancia con valentía de los convencionalismos poéticos al uso, profundizando en un terreno más cognoscitivo del que suele ser propio del género poético. No se quiere decir que abdique de una preocupación formal ad hoc; acaso lo contrario: busca la forma y la practica con precisión de buen miniaturista, pero con una evidente inclinación hacia lo abstracto.

TODAVIA HAY CLASES.

En la Sección de Anuncios por Palabras de ABC

Clases de todo. Matemáticas, idiomas, danza. Para que usted aprenda. Lo que quiera. Y elija la oferta que más le convenga. O para que usted se anuncie. Por muy poco la Sección de Anuncios por Palabras le ofrece grandes posibilidades.



Málaga.—La cálida y alexandrina «ciudad del paraíso» ha sido, un año más, equilibrada en su ritmo poético, alternando madurez

con renovación. Ejemplo de lo primero ha sido María Victoria Atencia, que alcanza con «El Puente» (Pre-Textos) una de sus cumbres personales. Surgido de dos estancias de la autora en Praga, el poemario es, ante todo, un símbolo de unión entre dos etapas de su propia vida y de la convergencia entre dos plenitudes que buscan realizarse en un territorio común.

Iniciado en la poesía un tanto precozmente, José Infante publica este año «Lo que queda del aire» (Adonais), un poemario más culturalista que vital, aunque el culturalismo no llegue a ser libresco ni distante, y el vitalismo no deje de aportar esa indispensable dosis de vibración que exige la poesía para transmitir su carga emocional.

Francisco Ruiz Noguera apela en «Simulacro de fuego» (Libertarias) a este elemento teocrístico, pero no como elemento destructor sino como símbolo de lo que está en permanente movimiento. Excelente poemario, juega el autor a una constante paradoja: la luz y la sombra; la vida y la muerte; lo móvil y lo estático. Y dentro ya de la reflexión que induce a su ontología, todo es para el poeta como una realidad fingida, como un simulacro del fuego.

Con «Miradas» (Quasyeditorial) obtuvo la malagueña Raquel Rico Linage, profesora de Derecho de la Universidad hispalense, el premio Luis Cernuda del Ayuntamiento de Sevilla. En esta entrega, el tiempo, su conciencia del instante, están presentes con una simbología muy plástica, en la que colores, aromas, viejas palabras, sensaciones que brotan del pasado, aportan los elementos adecuados para la fijación poética de lo fugaz, que se completa con otra parte, más descriptiva, inspirada en los cuadros del pintor Zobel.

Aunque Rocío Cantarero no tiene aún, por juventud, una senda poética definida, con «Eclipse de tiempo» (Devenir), su segunda obra, demuestra sensibilidad y aptitudes formales más que suficientes, que en este caso aplica con dominio a unos temas muy propios del mundo de hoy —verbigracia, la música de jazz— aunque lo que subyace del conjunto es como un gran sedimento de melancolía.

Cádiz.—Esta punta de Europa ha rozado este año la penuria poética. En el aspecto de ediciones, claro, porque su censo creativo sigue siendo de lo más vigorosos de esta tierra. Pero la poesía, como el olivo, tiene sus ciclos productivos. La única muestra, este año, la ha dado Carlos Álvarez que, sin renunciar a su particular poética desgarrada y abrupta, incluso recordando un tanto su pretérita actitud denostadora, que tantas veces rozó lo panfletario, y rebajada hoy a límites de desfiguración, tras el cambio político operado en España, con «Memoria del malentendido» (Libertarias) afronta la realidad desde una posición mucho más conceptual que empírica, incluso —y esto referido a un poeta como él de pasado activismo tan agreste no deja de sonar como a sarcasmo— con cierta intención meditativa.

Jaén.—Y desde el Santo Reino, Manuel Ruiz Amezcua da fe de vida con «Las voces imposibles», un poemario que más que ser el colofón de un lento pero implacable proceso de superación, que el poeta iniciara en el setenta y cuatro con «Humana raíz» desde la más escueta elementalidad, aspira a ser como un refugio, como un destierro dentro de su propio exilio interior.